

La filosofía literaria de W. H. Auden

Wystan Hugh Auden, figura predominante del grupo de poetas de Oxford, representante de la segunda generación modernista británica y considerado como el mejor poeta y más importante literato inglés del siglo XX, después de T. S. Eliot, nació en York, en 1907, y con un interés tan manifiesto como precoz por la mecánica y la geología, se educó en Cheshire (de donde era oriundo el Gato) y en Oxford, donde entabló amistad con Stephen Spender, Christopher Isherwood, Louis McNeice y otros, entre quienes era dueño confiado y consciente de la situación. Tenía opiniones definidas sobre la literatura, y una filosofía de la vida que, si bien juvenil, le servía para interpretar sus acciones y las de sus compañeros (1). Habiendo pasado una temporada en el Berlín prehitleriano y viajado por Islandia y China, en 1937 marcha a España como camillero de una unidad sanitaria, para regresar al poco tiempo a Inglaterra, escribir un poema sobre el asunto y no volver a abrir la boca sobre la cuestión. En 1939 emigra a Estados Unidos, muriendo en 1973, convertido a la religión católica y en ciudadano estadounidense. Su cabeza fue una de las más despejadas y penetrantes de su época, como lo demuestra el conjunto de ensayos publicado recientemente por Barral, con el título algo irritante de *La mano del tejedor*, por cuanto en castellano el que tiñe es el tintorero.

El conjunto de ensayos constituye, en primer lugar, un compen-

(1) Stephen Spender: *World within World*. Citado por Esteban Pujals en su *Poesía inglesa del siglo XX*.



Wystan Hugh Auden.

dio de reflexiones en torno a la lectura y a la escritura, trabadas con espontaneidad y sentido común; sentido común que se alía con la desenvoltura de ese modo tan anglosajón que consiste en afrontar un tema sin dar de lado a ningún elemento o sector del conocimiento que puedan contribuir a la consecución del objetivo que se pretende y a la clarificación del propósito que lo anima. Y —ya que viene al caso— quizá sea ésta una de las más nítidas (o bien la decisiva) distinciones entre la crítica anglosajona y la continental: aquella estornuda, pasea por barrios de mala nota y copea en chiringos no del todo respetables; cosas que ésta no se permitiría, en el temor a verse despojada del espadín o el entorchado a cádmico (mucho ojo —diría el crítico con el dedo tieso

y admonitorio—, hay cosas que un hombre de letras no se puede permitir).

Junto a ese modo de decir las cosas, y probablemente de forma inseparable, anima estos ensayos la pretensión de examinar la condición del espíritu humano a la luz de la sensibilidad literaria, entendiendo la libertad de ese espíritu como la cualidad esencial con que el hombre, sujeto a las necesidades de la Naturaleza, ha de afrontar la Historia. A tal objeto, Auden escudriña las esferas de la imaginación y el deseo, rastreando en ellas las líneas que definirán luego el sentido de varios arquetipos literarios, esclareciendo su relación con lo que el hombre entiende por bueno o malo. Desde un punto de vista, el trabajo casi constituye un esbozo de lo que podría llamarse

una «fenomenología de la moral literaria», pues lo que Auden investiga es la relación entre literatura y vida, de manera que no sufra merma el sentido de una ni de otra, y para ello atiende tanto a lo que la vida es en el espíritu del artista, como a lo que el proceso artístico deviene en el espíritu de los hombres. Y el resultado es un discurso asombroso, por la capacidad analítica y la perspicacia desplegada por su autor, en unos textos que son lo más sugestivo que uno se haya trabajado últimamente. En muy pocas ocasiones se tropieza con trabajos de crítica literaria que por sí solos sean capaces de animar la afición de un profano; quiero decir que existen muy pocos críticos que se sienten junto al lector, y en vez de hablarle de lo que debe ser, le cuentan lo que es, llevándole el índice por las líneas de Shakespeare, Cervantes y Goethe. Y eso, en cuanto al lector profano. Por lo que se refiere al escritor (más o menos habitual, profesional o como quiera considerarse), el trabajo de Auden resulta tan rico en sugerencias y tan estimulante en sus proposiciones, que el acuerdo o desacuerdo se dejan en suspenso ante la fascinación que produce una conversación rica, flexible y variada, pues de lo que Auden, en última instancia, está hablando es del oficio de escribir en su más vital, compleja y entrañable definición. ■ CHAMORRO.

Mao y Lenin. traducidos

La edición de algunas de las obras fundamentales de Mao Tse-tung y de V. I. Lenin constituye, sin duda, un acontecimiento editorial que coincide, prácticamente,

con el centenario de la introducción del socialismo científico en España.

«Que la filosofía salga de las aulas y de los textos filosóficos y se convierta en un arma poderosa en manos de las masas». Tal es el pensamiento de Mao Tse-tung contenido en las Cuatro tesis filosóficas, publicadas por Editorial Anagrama, de Barcelona. Si bien la obra filosófica de Mao Tse-tung no se reduce a estos ensayos filosóficos, sino que en sus escritos ideológicos, políticos y militares —recopilados en sus «Obras escogidas» editadas en 1952— encontramos numerosas reflexiones de carácter filosófico, las Cuatro tesis filosóficas constituyen sus escritos filosóficos fundamentales. Se trata de: *Acerca de la práctica* (julio de 1937), *Sobre la contradicción* (agosto de 1937), *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo* (febrero de 1957) y *¿De dónde provienen las ideas correctas?* (mayo de 1963). A estos cuatro textos filosóficos hay que sumar un quinto ensayo: *La intervención en la Conferencia del Partido Comunista Chino sobre el trabajo de propaganda* (marzo de 1957), incluido recientemente en China, junto a los demás ensayos, dentro de un único volumen. De todos ellos son quizá *Acerca de la práctica* y *Sobre la contradicción* los dos textos de mayor interés, y que suponen un enriquecimiento considerable de la teoría del materialismo dialéctico, en particular en lo referente al concepto de contradicción, núcleo de la dialéctica. Mao Tse-tung escribió ambos ensayos «a la luz de un candil» en las grutas de Yenán en el momento histórico en el que la revolución, dos años después de la «Larga Marcha» y en el inicio de la Guerra de Resistencia

contra el Japón (1937-1945), alcanzaría a todo el territorio de China. Allí, en Yenán, en el llamado Instituto de Resistencia contra el Japón, Mao dictó unos cursos a partir del borrador de estos textos, escritos partiendo del nivel de comprensión de las masas (campesinos, muchos de ellos no alfabetizados, pero llenos de ardor revolucionario) y no siguiendo el «manualismo» (como dirían los cubanos) de los «expertos» diplomados en «marxismo-leninismo», que recitan los clásicos del marxismo a partir de un manual o como un catecismo, o que se pierden en arqueológicas discusiones teóricas más propias de intelectuales de salón que de combatientes revolucionarios.

En las Cuatro tesis filosóficas, Mao desarrolla, en pedagogo, un marxismo vivo en lucha contra el dogmatismo y el empirismo que se manifestaban en el seno de su partido. Es un marxismo no apto para dogmáticos ni para fieles de la ortodoxia made in Moscú, que han calificado estos ensayos de ejemplo de «eclecticismo filisteo que, a menudo, incurre en un idealismo anarquista y no tiene nada en común con la filosofía marxista-leninista» (A. Rumiántsev: *La esencia antimarxista de la «filosofía» del maoísmo*. *Kommunist*. Moscú, 1969. Número 2).

Editorial Anagrama ha editado asimismo otro importante texto de Mao: *Intervenciones en el foro de Yenán sobre arte y literatura* (mayo 1942). En él se plantean los problemas de la creación artística y literaria desde el punto de vista del marxismo-leninismo, sin caer en el dogmatismo a lo Andrei Jdanov de la era estalinista. Finalmente cabe señalar otro texto de Mao que se acaba de publicar recientemente: